

Feb 1943

# LOS PRIMEROS CONSTRUCTORES DE LA VILLA DE LA HABANA

PRIMERA EPOCA: LOS ARTESANOS  
(1514-1555)

## PRELIMINARES

DESDE la fundación de la villa de la Habana, sobre 1514, hasta conferírsele el título de ciudad en el año de 1592, transcurre casi una centuria, en la cual los que principalmente trabajaron en las modestas obras que se levantaron fueron artesanos que, junto con los conquistadores, iban poblando nuestra isla.

Los nombres de aquellos personajes, las vicisitudes que se vieron obligados a sortear, el tipo y carácter de las obras que ejecutaron y el ambiente en que se desarrollaron, son de gran interés por cuanto inician actividades constructivas que, en el devenir de los tiempos, habrían de convertirse en el ejercicio de la profesión de arquitecto.

Escogemos la villa de La Habana para esa ojeada histórica porque con referencia en ella es que existe la mayor riqueza de datos y documentos disponibles hasta el presente, y la circunscribimos al período histórico señalado al comienzo de estas líneas, por entender que en él se mantiene mayor analogía entre los factores que influyen en su desarrollo.

Pero aun todo este espacio de tiempo comprendido entre la fundación de la villa y su conversión en ciudad, por la voluntad real, es conveniente dividirlo en dos épocas, de las que la primera se extiende desde la fecha inicial hasta 1555 y la segunda desde estos años hasta 1592. El hecho histórico que separa estas etapas es la toma e incendio de la villa por el corsario francés Jacques de Sores y hacemos constar que este suceso no es escogido a capricho, ya que él marca el fin de una jornada de construcciones menores, hechas por albañiles y carpin-

teros y que, a fin de cuentas, fueron materialmente borradas por el corsario, iniciándose después otro ciclo en que se comienza la reconstrucción de la villa y se empiezan obras de mayor envergadura, dirigidas por "yngenieros" y maestros venidos de la Metrópoli.

Antes de enfocar el comienzo de las actividades de estos primeros artesanos de la villa, creemos oportuno indicar nombres y hechos de otros personajes que, en cierto sentido, y por hacer labor similar, pueden ser considerados precursores de aquéllos, como son los indios nativos, de quienes aprendieron los invasores a construir "bohíos", y los propios españoles que comenzaron a desarrollar sus actividades en la isla La Española, lugar matriz de la conquista de gran parte de las tierras americanas.

## LOS PRECURSORES

Son los indios nativos de las Antillas a quienes podemos considerar como primeros artesanos que laboran en las construcciones de nuestro país, ya que al llegar los españoles encuentran pueblos más o menos rudimentarios, algunos hasta con calles, y en los que los bohíos constituían la mayor parte de las construcciones. El sistema constructivo de estas viviendas es asimilado por los españoles al iniciar la conquista y de este modo aprenden el uso de materiales autóctonos, como el guano y las yaguas, empleándolos en las primeras viviendas y aun para las iglesias, cabildos y otros edificios. Desgraciadamente no se conservan fechas ni nombres de estos artesanos indígenas ni tenemos noticias de que entre ellos existieran individuos o grupos especializados en estas actividades constructivas, siendo lo más probable el que esa labor fuera ejecutada indistintamente por cualquiera de ellos, sistema que aun hoy en día practican nuestros campe-

sinos en la erección de sus rudimentarias viviendas, copia fiel de aquellas de los indígenas.

En referencia a la actividad de los constructores españoles, comenzaremos por remontarnos a la época del descubrimiento. Cuando Colón descubrió a la América, en 1492, las condiciones naturales y el medio ambiente que encontró deben haber sido para él una sorpresa tan grande como lo fueron para el mundo civilizado de aquella época. De aquella primera expedición, sólo dos barcos y un puñado de hombre regresaron prontamente a España a informar cuanto antes de las maravillas descubiertas. La "Santa María", una de las tres naves que habían salido de Palos, encalló en las costas de La Española y es así cómo treinta y nueve hombres, al mando de Diego de Arana, quedan en la colonia "La Navidad", y entre ellos, según nos cuenta Colón en su *Diario de Navegación*, se encontraban "un carpintero de naos y calafate, y un buen lombardero, que sabe bien de ingenios". Son estos dos personajes, cuyos nombres no conocemos, la expresión rudimentaria del primer arquitecto y el primer ingeniero que llegan a la América, asentándose en ella de modo estable, y que, en la forma elemental y primitiva que su condición de artesanos les permite, comienzan a ejercer entre los colonizadores las funciones privativas de estas profesiones. Su intervención en la construcción del fuerte "Navidad", así como sus simples obras de defensa, deben haber sido de importancia, pero ni ellos ni sus compañeros tuvieron tiempo de disfrutar de su obra, ya que perecen a manos de los indios y así, al regreso de Colón en el segundo viaje, sólo encuentra cadáveres y ruinas.

Ya este segundo viaje de Colón no tuvo el carácter informativo y de exploración del primero, pues se contaba con diecisiete embarcaciones y una tripulación de mil quinientos hombres. Resaltaba la idea de establecer un asiento fijo de población y entre aquellos tripulantes ya venían hombres preparados para algo más que para manejar la espada o el timón, contándose entre ellos al aparejador Zafra, el primer alarife llegado a la América y, como es probable, obreros y peones dedicados a la albañilería, carpintería, herrería y otros oficios.

En La Isabela, así denominada por la soberana

hispana, tenemos el primer asiento civil del Continente, el cual se hizo en la isla La Española, que hoy constituye el territorio de las repúblicas de Santo Domingo y Haití. Allí se comienzan en 1503 las primeras obras de piedra del nuevo mundo: la primera obra religiosa, la iglesia de San Nicolás de Bari, de las que se conservan las ruinas, y la primera obra militar, la Torre del Homenaje, hecha bajo la dirección de Cristóbal de Tapia, que había sido contratado en España.

En el año de 1510 se firma en Sevilla un contrato mediante el cual el maestro Alonso Rodríguez se compromete a dirigir desde esa ciudad, las construcciones que debían de ejecutar en La Española los maestros canteros Juan de Herrera, y Orduño de Bretendón, así como los oficiales obreros Ortuño de Artiaga, Pedro Correa, Pedro de Matienzo, Francisco de Albaida, Alonso de Herrera, Juan de Anero, Juan de Molina, Juan de Oña, Juan de Olivares, Juan Gallejo y Juan Valenciano, todos los cuales, con excepción del propio Alonso Rodríguez, embarcaron rumbo a la isla dominicana, en la nave "Santiago", el trece de junio de ese mismo año. Chacón y Calvo en su *Cedulario Cubano*, se refiere a este contrato, en el que se dice que el "técnico" había de ser Alonso Rodríguez, maestro mayor de la iglesia de Santa María, la mayor de Sevilla, así como se especifican ciertas condiciones de las obras y los salarios que devengarían los artesanos que en ella laborasen. Es de suponer que esa dirección, de que habla el citado contrato, consistiría en hacer las "trazas" o planos de las obras, que se acompañaban de un "memorial", especie de memoria descriptiva o especificaciones de obra, con auxilio de los cuales se hacía la edificación, verificándose de este modo una dirección de la construcción a distancia y por control remoto, sistema que veremos repetirse en las obras del nuevo "Castillo de la Fuerza", en la Habana, y en otras construcciones, al través del tiempo.

Es así como en La Española se comienzan las primeras obras perdurables del nuevo mundo y como en ellas se concentra el primer foco de artesanos, cuyo influjo había de irradiar a otros lugares americanos hasta que pudiesen venir directamente de la Metrópoli mediante la gestión de la Casa de Contratación y otras autoridades residentes en Sevilla.

PRIMEROS TIEMPOS DE LA VILLA

Encomendado a Nicolás de Ovando el bojeo de Cuba en 1508, para comprobar su condición isleña, se detiene éste en el puerto de la Habana para carenar sus naves, hecho al que debió el primitivo nombre de puerto de Carenas, y se dice que los tripulantes, en el tiempo necesario para la reparación de los barcos, construyeron doce bohíos que, a su partida, fueron ocupados por los indios, constituyendo así un pequeño núcleo de población. De ser ello cierto, estas modestas habitaciones fueron las primeras construcciones ejecutadas por los europeos en nuestro suelo, pero demás está decir que de aquello no ha quedado ningún vestigio ni se conoce el nombre de los rudimentarios artesanos que en ellas trabajaron.

Años más tarde se procede a fundar la serie de villas que constituyeron nuestras primeras poblaciones y entre ellas, la Habana. Fué en la costa sur de la actual provincia de la Habana la localización primitiva de la villa, pero no se tienen datos exactos de su situación topográfica ni se han encontrado rastros de ella, contándose solamente con pruebas documentales. Trasladada a la costa norte, se fija primitivamente a orillas del actual río Almendares, cerca de la que es hoy bahía de la Habana, se mueve después hacia el final de dicha bahía y se asienta, finalmente, en lo que había de ser su asiento definitivo, por los alrededores del actual Castillo de La Fuerza, en lo que hoy comprende desde la calle de Tacón hasta la Lonja del Comercio.

Ubicada la Habana en su localización definitiva, se comienza su ampliación mediante la añadidura de nuevos bohíos y el trazado vacilante de sus primeras calles. Toda esta época, desde la fundación hasta 1555, es bastante oscura por cuanto se conservan muy pocos documentos de ella, entre otras causas, por los frecuentes ataques de los corsarios franceses que culminan con el ataque de Jacques de Sores, en la fecha citada, y que destruye las actas capitulares y cuantos documentos encontraron, al incendiar totalmente la población.

De algunos escasos datos, sin embargo, se dispone. De ellos conocemos que durante mucho tiempo no se hicieron construcciones más que de tabla y guano, verdaderas chozas al estilo de

las que habitaban los indios nativos, los primitivos bohíos que han seguido construyéndose en nuestros campos hasta hoy. Los primeros de ellos deben haber sido hechos, sin duda, por los propios nativos, bajo la fiscalización de los conquistadores, hasta que los carpinteros que iban arribando entre éstos se hicieron cargo de esa labor.

En el año de 1523 se promulgan las conocidas Leyes de Indias, las que encuentran a nuestra villa fundada y en pleno crecimiento y, por esta circunstancia, poco influyeron en su trazado general; pero aún en su desarrollo posterior bastante poco caso hicieron los colonizadores de los sabios principios que, de acuerdo con su época, contenían aquéllas.

Así se construye un modesto villorio, con sus viviendas, iglesia y cabildo, todos de techo de guano; pero ni aun esta pobreza es respetada por los corsarios franceses que merodeaban las costas de la isla y, en 1538, una partida de ellos, después de un poco afortunado combate en Santiago de Cuba, llega a la naciente población habanera y, tras de saquear la iglesia y arrasar con cuantos objetos de valor encontraron, prenden fuego al caserío, reduciendo a pavesas inestimables documentos y papeles que jamás podrán ser conocidos.

PRIMERAS OBRAS DE PIEDRA

La primera obra de importancia que se inicia en la Habana es la construcción de "La Fortaleza Vieja". El 4 de mayo de 1537 se nombra a De Soto gobernador de la isla, el cual se dirige a Santiago de Cuba a recoger el dinero que se emplearía en la citada obra de defensa y es muy posible que al dirigirse a la Habana llevase consigo algunos artesanos para ser empleados en la obra. En el año de 1539 parte De Soto hacia la península de La Florida, no sin antes dejar en marcha la obra de la fortaleza y al frente de ella al albañil Mateo o Francisco Aceituno, natural de Talavera de la Reina, en España, y antiguo vecino de Santiago de Cuba, quien la termina el 12 de marzo de 1540, a los siete meses de comenzada. Nombrado después "alcaide y tenedor" de ella, acaba por tener dificultades con los gobernantes y al fin, después de ser sucedido en el cuidado de la fortaleza por Francisco de Parada, abandona la isla, dirigiéndose hacia

Honduras y después probablemente al Perú. De tan mala calidad debe haber sido la obra hecha por Aceituno, que pocos años más tarde, en 1545, el gobernador Juanes Dávila, en carta a su majestad, declara que "ella no es fortaleza ni cosa para lo ser, sino solamente el nombre".

Ya por estas fechas se comienzan obras de piedra, se empieza a sustituir el guano de los techos por tejas criollas y se continúa ampliando el vacilante trazado de la villa. Así, sobre 1544 al 1545, el citado gobernador Avila construyó el hospital, donde luego estuvo la iglesia de Santo Domingo (O'Reilly y Mercaderes), hoy derruida y sustituida por una construcción comercial. Se hizo también la casa de Juan de Rojas, de dos pisos, donde hoy se alza el actual Castillo de la Fuerza; y se levantaron los muros de la iglesia en la localización en que se encuentra actualmente el Ayuntamiento. El gobernador Angulo expresa haber iniciado las obras de dicha iglesia "de cal y canto" por el año de 1550, y es en esta fecha cuando se nombra mayordomo de la obra a Alonso de Aguilar. Pero poco harían los citados señores cuando en 1551 se comisiona al maestro de albañilería Miguel de Espila para hacer "una iglesia de cal y canto".

En una de las actas del cabildo, la de 8 de marzo de 1553, se hace constar un acuerdo de mejorar las defensas de la Habana, construyendo cerca de la orilla de la bahía un baluarte, que sería como una avanzada para proteger la deficiente Fortaleza Vieja, encargándose a Juan Díaz "que dé la forma cómo se ha de hacer la obra é ande sobre la dicha obra", concordando este nombre con el de "Juan Díaz Albañyr" que aparece en la lista de vecinos de 1555.

En una de las actas capitulares que se conservan se cita la casa de piedra de Alonso Castañón, pero no se hace referencia a su constructor. Esta acta es la de 19 de junio de 1551.

Ya desde el año de 1550 comienza a ser motivo de preocupación de los componentes del cabildo el problema del abastecimiento de agua de la población. Los estudios que se verificaron, así como la realización de las obras que se aco-

metieron, se extendieron hasta el final de este siglo XVI. En la construcción de la Zanja Real que habría de traer el agua desde la Chorrera hasta el lugar en que está actualmente la Plaza de la Catedral, intervienen varios ingenieros y maestros, distinguiéndose, entre estos últimos, Francisco de Calona, como veremos después al estudiar este período histórico.

Sobreviene, finalmente, la catástrofe de 1555, similar a la que había padecido la villa en 1538. Vuelven otra vez los corsarios franceses, ahora al mando de Jacques de Sores, y arrasan con todas las construcciones de la villa, no dejando en pie más que la Fortaleza Vieja y los muros chamuscados de las tres o cuatro construcciones de piedra que existían. Al informar el gobernador Angulo de las personas que defendieron la villa, remite a la Metrópoli una lista de personas, por la que nos enteramos que entre los "vecinos" se encontraban un "Maestro Juan Carpintero" y un "Juan Díaz Albañyr" y que entre los "moradores" había un "Esteban Sánchez, carpintero" y un "Nicolao, carpintero"; siendo éstos probablemente, el total de artesanos titulares que existían en la villa en esa época. De las cincuenta y una personas que se citan en esta primera lista, se dan por muertos diecisiete; en la que posteriormente se hace después del ataque, estando entre los eliminados los cuatro artesanos citados, por lo que es de presumir que murieron en la lucha y que, como bravos varones, supieron cambiar sus instrumentos de trabajo por la espada, para defender, hasta morir, el honor de la villa habanera.

Es así como La Habana cierra el primer período histórico de su existencia. Tal parecía que el destino se empeñaba en borrarla completamente del suelo cubano. Sin dinero, sin artesanos, sin grandes recursos naturales, la villa parecía llamada a desaparecer. Pero su posición geográfica le hizo ser necesidad vital para las naves de la Metrópoli y el inicio de sus obras de fortificación le hace surgir, como el ave fénix, de sus cenizas. Y así, en el siguiente período histórico, la veremos crecer, hasta convertirse, por la gracia real, en una ciudad.